

CAPÍTULO XXXII. *Que prosigue la jornada del Maluco, y de cómo el gobernador dio principio en hacerla*



STANDO YA TODO ESTO A PUNTO, el gobernador Gómez Pérez, habiendo confesado en San Agustín y comulgado en Santo Domingo, se embarcó en la galera capitana, en diez y siete de octubre; llevaba en ella hasta setenta buenos soldados y los más de sus criados, la música de ministriles de sus esclavos y más de ciento y cincuenta sangleyes, que remaban la galera, algunos indios principales; y con esta gente se hizo a la vela otro día siguiente. Iban junto a la galera algunos navíos pequeños, en que iban algunos capitanes, entrando y saliendo en la galera a jugar y entretener al gobernador. Llegaron así hasta la punta, que llaman de los Bajos, y por ser viento contrario y haber de atravesar una bahía, despidió desde allí a los de los navíos pequeños, mandando se fuesen adelante porque habían de navegar junto a tierra, quedando sola la galera con mucho trabajo y fatiga de los que la bogaban; atravesaron hasta tomar otra punta, que llaman del Azufre, frontero de la isla de Casa que será como treinta leguas de Manila, no pudiendo pasar adelante, surgieron en el abrigo por el tiempo contrario, que en tanto que abonanzaba se detuvo allí el gobernador dos o tres días, saltando en tierra de día a entretenerse.

Estando allí en 25 del dicho mes de octubre, se embarcó una tarde en la galera, donde después de cenar se puso a jugar hasta más de media noche, que se fueron acostar. Aquella noche le dijo el comitre de la galera, que sería bien poner en hierros a los chinos que bogaban, porque era gente ruin, y se les quitasen las armas que tuviesen; y lo mismo dijeron otros soldados. El gobernador hizo donaire de ellos, diciendo que más se fiaba de los chinos que de los demás. Después que estaban todos durmiendo, dos horas antes que amaneciese, en veinte y seis de el dicho mes de octubre, uno de los chinos dio un silvo y al punto se levantaron todos, matando con muy crueles cuchilladas a los españoles que estaban durmiendo, repartidos por las ballesteras de la galera, y como eran tantos los chinos, no les dieron lugar a poderse revolver, habiendo embestido muchos con las postas que estaban de centinela; y así los mataron, sin que se escapasen sino algunos pocos que se echaron a la mar, ya heridos, donde se ahogaron; cuatro o seis, que supieron nadar, salieron a tierra y se escaparon. A este ruido, estando el gobernador en su cámara, que era debajo de la popa, quiso salir, diciendo: ¿qué es esto? Y sacando la cabeza por la escotilla le dieron tal golpe, que se la abrieron de arriba a bajo los que allí le estaban aguardando que saliese; tornó a caer abajo y desde arriba le dieron muchas lanzadas para acabarle de matar, si no estuviese muerto, y cerraron la escotilla, dejándole así, habiendo acabado con muerte tan desastrada.

Hecho esto levaron la galera y dieron vuelta para hacer viaje a la China; arrojaron los cuerpos muertos a la mar, y ya que amanecía temían no se

hubiesen quedado algunos españoles debajo de cubierta, donde en un camarote iban alojados junto a la cámara de el gobernador su secretario Juan de Cuéllar y fray Francisco de Montilla, de la orden de San Francisco que iba al Maluco, para desde allí irse a España por la India; los cuales, oyendo y viendo lo que pasaba, se habían encerrado en su camarote, encomendándose a Dios, aguardando lo mismo por ellos; los chinos, como gente cobarde, no se atrevían a bajar abajo, con el temor dicho y al fin se dio traza de enviar a decir al fraile, con un indio, que saliese y no tuviese miedo; el cual, encomendándose a Dios, salió y preguntándole, qué tantos soldados quedaban abajo, pidió con mucho encarecimiento no les hiciesen mal y él lo diría; prometiéronselo, y dijo que sólo el secretario Juan de Cuéllar, al cual el fraile sacó arriba, y a entrambos a dos los tenían en la proa de la galera y a vista de ojos y con guardas. Yendo navegando la costa de Ilocos, teniendo necesidad de agua, determinaron de saltar en tierra, como lo hicieron cerca de unos pueblos de indios; salieron de la galera como treinta de los chinos, vestidos con los vestidos de los españoles; salieron los indios a hablarles y los chinos les decían que habían de matar a los españoles y que a ellos les habían de pagar tributo.

Los indios avisaron a un religioso, que estaba allí cerca, de la manera que iban aquellos chinos, sin saber lo que dejaban hecho. Pero recelando que eran ladrones, el religioso les mandó que procurasen prenderlos y los indios se concertaron y juntaron con sus armas y dieron sobre los sangleyes, matando los más de ellos, huyendo los otros y embarcándose en la chalupa se fueron a la galera. Vinose a entender allí lo que dejaban hecho en la galera y sospechando que a un chino cristiano, a quien habían elegido ellos por capitán, por ser muy sagaz, este que salió en tierra con los demás, había querido avisar a los españoles que por allí andaban, le mataron luego y echaron a la mar.

Iba la galera costeano la costa porque aún no tenían agua ni leña, la que habían menester para hacer su viaje y así no se enmaraban mucho, por haber de proveerse de agua y leña. El religioso, que supo lo que pasaba de los indios, despachó luego avisos al alcalde mayor y a los demás religiosos de aquella costa, para que corriese la voz y la guardasen. El alcalde mayor puso diligencia en esto, juntando los pocos españoles que por allí había y mandado salir gran cantidad de indios por toda la costa y que estuviesen en emboscadas, por si tornasen a saltar en tierra los chinos, los cuales iban con gran recelo y cuidado, sospechando lo que era. Pero llegados cerca del Cabo del Boxeador, desde donde habían de atravesar para la China, trataron con el fraile y con el secretario de que diesen orden como allí tomasen ellos agua y leña y con esto les dejarían a ellos libres y a otros doce o catorce indios cristianos que también estaban en la galera. Ofreciéronse a ello y para esto se acercaron más a tierra, poniéndose el fraile abordo para que le viesen y haciendo señas de que llamaba. Y en aquel paraje estaba el alcalde mayor con los españoles que había; y muchos indios, como vieron las señas del fraile, enviaron en un pequeño navío hasta seis indios, que con recato se llegasen a la galera; hicieronlo así y como

el fraile los vio y llamó, llegaron los indios y el fraile les dio una carta para el alcalde mayor, en que le pedía el rescate suyo y de los demás en agua y leña; donde no, que allí acabarían sus vidas.

El alcalde mayor y los demás se vieron en grande angustia y no pudiendo hacer otra cosa dieron a los chinos agua y leña, y con esto se libertaron los cautivos, y a vista de todos se fueron los enemigos triunfando, haciendo desde luego la travesía para su tierra. Son juicios de Dios y secretos suyos, porque por aquel tiempo que era ya mediado de noviembre, jamás tal navegación se ha hecho y la costa de Ilocos no se navega por ser tiempo de muy recios nortes y para estos enemigos hubo tiempo favorable, con que salieron libres con su intento.

CAPÍTULO XXXIII. *Que prosigue el suceso pasado de los chinos que se llevaron la galera real, donde habian muerto al gobernador Gómez Pérez das Mariñas*



ENTRO DE DOS DÍAS que fue muerto el gobernador llegó el aviso a Manila día de San Simón y Judas, que es a 28 de el dicho mes; el licenciado Rojas y el maese de campo don Diego Ronquillo estaban juntos cuando llegó la nueva; luego llamaron a consejo de guerra y al regimiento de la ciudad, y todos juntos, tratado el caso y presumiendo que la galera no podía hacer viaje por aquel tiempo, siendo tan contrario de ordinario por la costa de Ilocos y entendiendo que irían la vuelta de Bornei, acordaron de despachar aviso al capitán Esteban Rodríguez, que estaba en Otón, para luego saliese de allí con gente y navíos, en busca de la galera, la vuelta del Bornei. En el mismo día salió con este aviso el capitán Juan Esguerra y para que de allí pasase a Cubre, llevando recaudo a don Luis para que se viniese a Manila con toda la gente, pues ya no se había de hacer la jornada.

Otro día siguiente se trató en la ciudad de Manila, que sería bien elegir gobernador, y sin aguardar a más se juntaron los regidores de la ciudad y eligieron por gobernador y capitán general de las islas al licenciado Pedro Rojas, teniente que era del gobernador; aceptó la elección y comenzó a disponer de las cosas, despachando primero una fragata a Malaca, para por aquella vía escribir a España y dar aviso a su majestad de lo sucedido y de cómo quedaba él elegido por gobernador. Fue previniéndose, con mucha diligencia, en la fortificación de la ciudad, porque había mucho temor del Japón, no habiendo venido fray Pedro Bautista para cuando quedó, ni escrito. Acordó también luego de enviar por la costa de Ilocos alguna gente con navíos por la mar, por si acaso acometiese a ir por allí la galera; nombró al capitán don Juan Ronquillo por cabo de esta gente y con algunos capitanes y soldados salió luego y hízole tiempo tan contrario que con mucho trabajo, peligro y tarde, llegó a la costa de Ilocos, donde supo lo